

ros que quieran ladrar; pues el aullido de la jauría hará que la sumisión de los ducados á la Dinamarca aparezca á los extranjeros imposible y les obligará á meditar soluciones que no les puede presentar el gobierno de Prusia.»

Los dinamarqueses hicieron lo que no pudiera haber logrado ni la confederación ni la prensa, es decir, decidieron al Austria á favor de la separación completa de los ducados de Dinamarca. Los aliados se habrían contentado todavía con una unión personal que garantizara los derechos de los ducados, pero el gobierno de Dinamarca rechazó por medio de sus representantes como del todo inaceptable la proposición que los aliados habían presentado en este sentido, y entonces, en 28 de mayo, el Austria y la Prusia despejaron la situación haciendo ver claro el verdadero objeto de la guerra: «Habiendo declarado los señores plenipotenciarios dinamarqueses completamente inaceptables las proposiciones del Austria y de la Prusia presentadas en la última sesión, aun en el caso de que la confederación se decidiera á reconocer los derechos de sucesión del rey de Dinamarca en los ducados, los representantes de las potencias alemanas han recibido instrucciones para pedir, de acuerdo con el de la confederación, la separación completa de los ducados de Schleswig y Holstein del reino de Dinamarca y su reunión en un Estado bajo la soberanía del príncipe heredero de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Augustenburg, que en opinión de Alemania no solamente reúne el mayor número de derechos á suceder en los ducados y cuyo reconocimiento aparece de consiguiente asegurado de parte de la confederación alemana, sino también sin ninguna duda los votos de la inmensa mayoría de los habitantes de los citados ducados.»

La Inglaterra, separándose también del tratado de Londres y del empeño de sostener la integridad de Dinamarca, propuso una división del Schleswig con el Schleix por frontera. Esta frontera fué rechazada por los alemanes, mientras los dinamarqueses admitieron la división solo en principio; pero como á pesar de haberse prolongado el armisticio no hubo acuerdo respecto de la frontera, se disolvió la conferencia sin resultado el 25 de junio. Antes de esto había tratado lord Russell de excitar á la Francia á favor de la Dinamarca, haciendo proponer por su embajador al gobierno francés que se entendiera con Inglaterra para establecer una línea fronteriza, cuya aceptación por parte de las potencias alemanas pedirían en forma de *ultimatum*, apoyando su exigencia con demostraciones amenazadoras de sus escuadras. Esto comprometía poco á la Inglaterra, que podía retirarse cuando le conviniese á sus islas, pero comprometía en gran manera á la Francia; por cuyo motivo contestó Drouyn de Lhuys, ministro de Negocios extranjeros de Francia: «Antes del éxito lamentable de nuestros pasos en la causa polaca no había recibido ninguna mengua la consideración de las dos potencias, pero hoy sería funesto para su dignidad adelantar palabras sin hechos ni manifestaciones serias.» En seguida preguntó si Inglaterra se comprometería á cargar con las consecuencias de la intervención hasta el fin y si quería hacer una verdadera alianza ofensiva y positiva, como cuando la guerra de Crimea. A esto el gobierno francés no recibió contestación y de consiguiente no se mezcló en el asunto (1).

Tres días después de la conclusión del armisticio, es decir, en 29 de junio, un brillante hecho de armas de los prusianos completó la conquista de Schleswig con la de la isla de Alsen, tomada por la división Manstein. Los dinamarqueses habían calculado que los prusianos echarían un puente en la parte más angosta del brazo de mar que separa la isla del continente, y á este efecto habían hecho tomar posiciones al

grueso de su ejército cerca de Sonderburg; pero los prusianos pasaron el brazo de mar en su parte ancha á las dos de la madrugada del 29 de junio, en cincuenta lanchas, que se adelantaron puestas en línea á la orilla enemiga. Al llegar á la mitad del brazo de mar, que en aquel punto tiene una anchura de ochocientos cincuenta pasos, sonó el primer tiro del enemigo, seguido instantáneamente de un tiroteo violento por ambas partes; y si bien el fuego de los daneses fué bastante eficaz, llegó tarde, porque á las dos y quince minutos había tomado tierra con insignificantes pérdidas el primer batallón del regimiento de infantería número 24. El teniente Petry fué el primero que llegó á la orilla seguido del coronel Hacke, que plantó la primera bandera alemana sobre el parapeto enemigo. Los prusianos saltaron en tierra por tres puntos diferentes y en todas partes, después de una corta lucha, tomaron las trincheras enemigas, cuyos defensores fueron muertos ó desarmados, y siguiendo adelante á paso de carga se apoderaron de toda la península de Kjars. La ciudad de Sonderburg fué atacada y tomada por asalto antes de las siete de la mañana. Los dinamarqueses renunciaron á toda ulterior resistencia, se embarcaron y abandonaron la isla á los prusianos. La idea triste y desesperada de su insuficiencia continuó desde entonces dominando á los dinamarqueses.

Un cambio de ministerio ocurrido en Copenhague (8 de julio) hizo subir al poder al partido de la paz, y en 12 de julio la pidió el ministro Bluhme. En el tratado preliminar que se hizo el 1.º de agosto cedió el rey de Dinamarca todos sus derechos sobre Schleswig-Holstein y Lauenburgo al rey de Prusia y al emperador de Austria, obligándose desde luego á reconocer lo que estos soberanos dispusieran respecto de los tres ducados. La paz definitiva que se firmó en Viena el 30 de octubre de 1864, no hizo más que confirmar la preliminar.

Los ducados quedaron definitivamente separados de Dinamarca: se había pagado la deuda de honor de 1850; pero la nación alemana no se creyó libre de temor, por grandes que fuesen los resultados obtenidos, porque faltaba resolver la segunda parte de la cuestión de los ducados, que en el fondo era la verdadera cuestión alemana y que hubo de ser resuelta á cañonazos.

CAPITULO II

LA CUESTION ALEMANA Y LA GUERRA ALEMANA

Con la paz previa de 1.º de agosto de 1864, que acabó para siempre con el orgullo de Dinamarca, empezó para el ministerio Bismarck un período en que se eslabonaron de una manera casi maravillosa, en serie no interrumpida, toda clase de grandes éxitos y de triunfos. En 1.º de octubre fué destruida la unión aduanera particular. Los gobiernos de Baviera, Wurtemberg, Nassau y Hesse-Darmstadt, firmes en su resistencia al tratado de comercio con Francia del 20 de agosto de 1862 y en su adhesión al Austria, que quería disolver la unión aduanera prusiana para poner en su lugar otra austriaca, rechazaron tenazmente la renovación de la unión aduanera con la Prusia hasta el momento en que se vieron expuestos á quedar fuera de la unión si no entraban en ella para el 1.º de octubre de 1864. Entonces, en la noche que precedió á este día, sus representantes pasaron á Berlín para rendirse á última hora, pues que ningún ministro de los citados países se habría atrevido á presentarse ante sus cámaras con la noticia de haber quedado excluidos de la unión aduanera.

Cuando en 1864 se volvieron á reunir las cámaras prusianas en 14 de enero, dijo el rey Guillermo con justo orgullo en su discurso del trono: «Después de una paz de medio

siglo, interrumpida solo por algunas expediciones guerreras de corta duración, han dado brillantes pruebas de su eficacia la instrucción y disciplina de mi ejército, su buena organización y su armamento á propósito en la guerra memorable del año anterior, hecha en condiciones desfavorables por el mal tiempo y la resistencia heroica del enemigo.

»Débese á la actual organización del ejército que se haya podido hacer esta guerra sin perjudicar la actividad industrial y los intereses de las familias con el llamamiento de la reserva á las filas. Con semejante experiencia es más que nunca mi deber de soberano el mantener incólume la organización existente y perfeccionarla sobre las actuales bases.» Al final de este discurso expresó el rey el deseo de que se arreglaran las disensiones existentes entre el gobierno y la cámara de diputados. Este arreglo debía hacerse como lo indicaba lo dicho en el discurso, sin tocar á la nueva organización del ejército, mucho menos después que esta organización tenía en su favor la mejor de las demostraciones, la experiencia. Sobre esto dijo el ministro del Interior, Eulenburg, en 24 de enero, en la cámara de diputados: «Figuraos un monarca, militar hasta la médula de los huesos, que comprende hasta el fondo la importancia que tiene su ejército para él y para su patria, cuyos pensamientos y deseos desde su primera juventud se han concentrado en dar al ejército una organización que garantice su fuerza y seguridad y lo haga propio para un mayor desarrollo, que lo mantenga á la altura del primer ejército de Europa; figuraos un monarca que por fin cree haber encontrado este medio, que con el asentimiento previo de la representación del país ha proporcionado provisionalmente esta condición del ejército, y que cree esta condición y su realización completa tan necesarias que no retrocede ante el peligro de gobernar el país sin presupuestos aprobados; figuraos que esto va seguido de una guerra hecha por este ejército victoriosamente, y que aunque se pueda decir que esta guerra se habría ganado también sin aquella organización, hay que confesar que no se hubiera hecho con tanta seguridad y hasta elegancia como se ha hecho gracias á la nueva organización. Tened también presente que no se han presentado los peligros que se auguraron á consecuencia de la falta de aprobación de los presupuestos, y decid después á este monarca que renuncie á su obra, en cuyo favor hablan todos los hechos, y que se entienda con la cámara destruyendo una parte de su obra misma, que ha hecho á la Prusia grande. Esto es imposible, enteramente imposible; ni el actual monarca de Prusia ni ningún sucesor suyo se apartará ni un punto de los principios de esta organización del ejército y de las leyes y disposiciones que á ella se refieren, y los reyes de Prusia existirán más tiempo que las cámaras elegidas por tres años.»

Porque la cámara no creyó en la utilidad de la reorganización del ejército, y porque quería á la fuerza el servicio activo de dos años, había negado los recursos para esta reorganización y calificó de inconstitucional todo lo que el gobierno hizo contra la resolución imposible del 23 de setiembre de 1862. Faltaba, pues, solo que la cámara modificara su juicio respecto de la mayor valía del ejército reorganizado, para que cesara de pedir la abolición de la reorganización, aprobara los gastos hechos y cesara toda la disputa entre el gobierno y la representación del país. Esto es lo que dijo y recomendó el citado ministro á los diputados al final de su discurso, diciéndoles: «Renunciad á la idea de ejercer vuestro derecho de desaprobar los presupuestos en la cuestión militar; buscad otro motivo, otro punto en el cual creáis poder ejercerlo. Yo creo que no encontrareis ninguno, porque hallareis al gobierno siempre pronto, cuando no lo imposibiliten circunstancias positivas, á aceptar la interpretación

de los artículos de la ley en que insistís. Que desaparezca este hecho de nuestra vista y del mundo, y entonces nos servirá de enseñanza para tiempos futuros esta lucha, que ya dura dos años y que no cesará nunca si la cámara no cede, para bien de la patria, contribuyendo así más de lo que se cree al desarrollo de la vida constitucional.»

Como Bismarck había dicho desde un principio y como repitió en 24 de enero en la cámara de los señores, solo podía acabar con el conflicto un compromiso, pues que toda la vida constitucional era una serie de compromisos. Todo compromiso, sin embargo, supone buena voluntad, para la cual es menester confianza mutua, y esto era justamente lo que faltaba á la cámara de diputados, porque los motivos que se habían aducido contra la reorganización del ejército se fueron desvaneciendo uno tras otro, como lo fué la objeción de que los gastos excedían á los ingresos, pues los ingresos ordinarios de la administración dejaron cada año tan grandes excedentes que en 1865 importaban 7.147,641 talers. Esto había hecho inútil el empréstito de guerra, y lo mejor del caso era que el excedente de ingresos no fué debido á haber apretado más los tornillos del sistema tributario sino al desarrollo del tráfico y de la prosperidad, como lo probó el aumento en los productos de explotación de los bienes nacionales, de los montes, del correo, de los ferrocarriles del Estado y de los telégrafos. Así, pues, la vida del pueblo no se había resentido en lo más pequeño de que el gobierno administrase sin presupuesto aprobado. En las sesiones de los días 20, 21 y 23 de marzo volvió á demostrar el ministro de la Guerra en otros tantos discursos la utilidad de la nueva organización del ejército con observaciones irrefutables y que tampoco se trataron de refutar; mas no por esto quiso la mayoría de la cámara de los diputados separar la cuestión militar de la constitucional. Se negó como antes á reconocer los gastos de la reorganización y repitió en 8 de junio de 1865 su acuerdo irrealizable de disolver la mitad del ejército prusiano y de trastornar la organización militar que desde 1860 existía.

El príncipe heredero de Augustenburg no comprendió la ineludible necesidad de su íntima unión con la Prusia. Cuando en junio de 1864 estuvo en Berlín para activar su instalación en el trono de los ducados y oyó de boca del presidente del consejo de ministros, Bismarck, las condiciones previas que exigía la Prusia antes de darle posesión, condiciones que luego citaremos, dijo el duque indignamente: «¿Por qué, pues, han venido ustedes á los ducados? Nosotros no les hemos llamado, y sin la Prusia acaso habría acabado el asunto mejor para mí.»

En octubre la nobleza y los estamentos del ducado de Lauenburgo y en diciembre el barón de Scheel-Plessen á nombre del Schleswig-Holstein presentaron una petición dirigida al rey de Prusia solicitando ser incorporados á la Prusia, cuya petición fué muy bien recibida por el rey. Bismarck al tener noticia de esto escribió, en 16 de mayo de 1864: «Los holsteinenses, el duque de Augustenburg y todos los partidarios de la inseparabilidad de los ducados se han acostumbrado á ser los mimados del pueblo alemán y á que la Prusia se sacrifique por ellos y se juegue su existencia. La petición que se acaba de dirigir al rey les despertará de su ilusión. Por lo demás, se aumenta de tal modo en mí el sentimiento de gratitud hacia Dios por su auxilio, que llevo á tener la confianza de que el Señor sabe también dirigir nuestros errores hacia nuestro bien, de lo cual me convenzo cada día más para no incurrir en el pecado de soberbia. Para ilustrar más la situación quiero observar, finalmente, que la incorporación á Prusia no es para mí el fin supremo é indispensable sino solamente un suceso muy satisfactorio.»

(1) Memor: *L'Allemagne nouvelle*, pág. 103.

En 22 de febrero de 1865 envió Bismarck un despacho á Viena que contenía las condiciones bajo las cuales la Prusia estaba pronta á traspasar á otro sus derechos adquiridos en el tratado de paz del 30 de octubre. La primera de estas condiciones era: «El nuevo Estado de Schleswig-Holstein formará una alianza ofensiva y defensiva indisoluble y eterna con la Prusia, en virtud de la cual esta última potencia se obliga á proteger y defender los ducados contra todo ataque enemigo; y en cambio el Schleswig-Holstein se obliga á poner á disposición de S. M. el rey de Prusia toda su fuerza armada para emplearla en los cuadros del ejército y marina prusianos y en la protección de ambos países y de sus intereses. Los súbditos del Schleswig-Holstein al ingresar en el ejército y armada de Prusia prestarán á S. M. el rey el juramento de fidelidad.» A esto se agregaban las condiciones de transformar á Rendsburgo en fortaleza federal y las siguientes cesiones: la ciudad de Sonderburgo, con un territorio adecuado á la derecha é izquierda del brazo de mar del Alsen; la fortaleza de Friedrichsort, con territorio á propósito para construir un puerto de guerra en la bahía de Kiel, y las orillas en ambas bocas del canal que debe construirse desde el Báltico al mar del Norte. Además de esto se imponía al nuevo soberano de los ducados la agregación irrevocable á la organización aduanera prusiana y la fusión de la administración de los ramos de correos y telégrafos con los análogos prusianos, y al final decía el documento: «La entrega de los ducados al futuro soberano se hará después de estar asegurada la ejecución de todas las condiciones que preceden.»

Para decirlo de una vez, estas condiciones tenían por objeto impedir que el futuro duque hiciese en el consejo federal política austriaca contra la Prusia, como lo habían hecho los gobiernos de Sajonia y Baden después de haberlos salvado las bayonetas prusianas y como habían tomado la costumbre de hacer todos los Estados de segundo y tercer orden de Alemania, cosa que el Austria acabó por exigir como un deber.

El pedir la Prusia esta alianza al futuro duque no fué efecto puramente de ambición, sino una necesidad vital; pues aquellos territorios libertados con sangre de prusianos serían una herida abierta para la monarquía prusiana si su soberano podía, bajo la protección del Austria, hacer la acostumbrada guerra de intrigas á favor de derechos soberanos que redundaban en perjuicio del bien general. Además esta alianza era el primer paso dado en la solución de la cuestión alemana, el principio de la fundación de la federación alemana con la Prusia á la cabeza y como la deseaban todos los patriotas alemanes; no siendo otra la alianza pedida al príncipe de Augustenburgo que la que hicieron en el año 1867 los miembros de la unión de la Alemania del Norte y en 1871 los miembros del imperio alemán. Claro es que por esto mismo fué rechazado por el Austria el proyecto que tenía la Prusia respecto de los ducados. En 5 de marzo respondió el Austria por medio de su ministro de Negocios extranjeros, Mensdorff-Pouilly, aceptando la plaza de Rendsburgo para fortaleza federal, el puerto de Kiel para la escuadra prusiana, el canal entre el Báltico y el mar del Norte y la entrada de los ducados en la unión aduanera; pero rechazó la alianza eterna é indisoluble ofensiva y defensiva, porque, según decía, un soberano instalado bajo semejantes condiciones no podía entrar en el número de soberanos de la confederación alemana con iguales derechos é igual voto que los demás. En igual sentido se expresó el duque de Augustenburgo en una carta de 31 de marzo que dirigió á su representante en Berlín, Ahlefeld. En este documento declaróse el duque pronto á todo menos á aceptar los tres puntos capitales siguientes: el juramento de fidelidad de las tropas de

los ducados á favor del rey de Prusia en tiempo de paz; el envío de las tropas fuera del país en tiempo de paz, y en fin la no existencia de un ejército propio del Schleswig-Holstein. Exigió además ser ante todo instalado en su gobierno para que después el país se pronunciara respecto de lo que pedía la Prusia. En esta situación era natural que todos los patriotas de la cámara de diputados de Prusia se declarasen á favor de las condiciones impuestas por su gobierno al futuro duque, lo cual podían hacer muy bien sin perjuicio de mantenerse en todas las demás cuestiones, incluso la de los presupuestos, en la actitud que habían tenido hasta entonces. En esta esperanza propuso el diputado Michaelis: «El interés de la Prusia y de Alemania exigen el pronto arreglo definitivo de la situación del Schleswig-Holstein, pero de manera que la organización de los ducados independientes implique una unión indisoluble entre ellos y la Prusia, para asegurar la protección de las fronteras del Norte de Alemania y para facilitar el desarrollo de una marina de guerra respetable en manos de la Prusia.»

Esta proposición, que no aludía al despacho de 22 de febrero, podía ser aceptada y aprobada por los que deseaban robustecer la política nacional de la Prusia sin mostrar confianza alguna en el presidente del ministerio. Por otra parte, era preciso que la cámara la aprobase si quería conservar un voto en la cuestión alemana, cuestión que tenía suspensa á toda la Alemania. Así dijo con mucha razón Bismarck el 13 de junio: «El país tiene derecho á saber cuál es la opinión de sus representantes en este asunto; pero si la cámara combate la política del gobierno, combate también la política de su patria en unión con el extranjero. ¿Queréis hacer vuestro el propósito del gobierno y apoyarle? ¿Queréis que el gobierno siga el camino emprendido venga lo que viniere, ó que el gobierno modifique su plan, lo suavice ó lo robustezca? El país y el gobierno están en su derecho pidiendo que digáis vuestra opinión.» La asamblea, sin embargo, no aprobó la proposición del diputado citado ni tampoco otra, sino que se limitó á rechazar lo que no podía refutar ni hizo nada que pudiese guiar al gobierno é ilustrar al país. El papel vergonzoso que hizo la cámara en esta sesión del 13 de junio fué una revelación para cuantos habían dudado hasta entonces dónde estaba la política nacional, los cuales vieron que la llamada opinión pública no entendía nada de la cuestión alemana ni sabía por dónde se había de resolver.

La contienda por los ducados no podía ser resuelta amistosamente, y como todas las cuestiones del poder no había más que las armas para decidirla. Así lo comprendieron desde un principio las cortes de Berlín y de Viena, que si algo hicieron aparentemente en favor de la paz, fué solo para prepararse mejor á la guerra, que se había hecho inevitable.

En 21 de junio, cuatro días después de cerrarse el parlamento, se dirigió Bismarck con el rey Guillermo á Karlsbad y al pasar desde allí á Gastein se detuvieron el 21 de julio en Regensburg, donde tuvieron un consejo con los embajadores prusianos en París y en Viena respecto del movimiento á favor del duque de Augustenburgo en los mismos ducados. En 23 de julio dijo Bismarck en Salzburgo al ministro de Baviera, Pfordten, que en su convicción era probabísimamente la guerra entre Austria y Prusia y que estallaría inmediatamente, por lo cual convenía á los Estados de segundo y tercer orden tomar desde luego las posiciones que juzgaran á propósito para sus intereses. Añadió que si se contentasen con el papel de meros espectadores en la lucha que se preparaba se les interesaría muy poco en ella, pues desde luego podía declarar que la Prusia jamás había pensado ni pensaba extender sus dominios mas allá del Mein. Por lo demás, se vería pronto el resultado, porque el Austria no estaba

preparada ni disponía de los medios para prepararse. Un solo golpe, una batalla principal, dijo, y la Prusia estará en situación de dictar las condiciones de la paz.

En los primeros días de agosto tanteó la Prusia el terreno en Florencia, donde estaba á la sazón la capital del gobierno de Italia. Sobre esto escribió el presidente del ministerio italiano, el general La Marmora, en 4 de agosto al embajador Nigra en París: «Desde que usted salió de Florencia ha venido dos veces el embajador de Prusia á mi casa, no para comunicarme notas diplomáticas, que según creo no había recibido, sino para enseñarme telégramas de su jefe el ministro, y me suplicó la primera vez y me instó la segunda á declarar cuál sería la actitud de Italia en el caso probable de una guerra entre Prusia y Austria.» A esta pregunta contestó La Marmora con gran reserva, no dejando traslucir la alegría que llenaba su alma, diciendo que si el gobierno prusiano se proponía realmente hacer la guerra al Austria, debería hacer una proposición seria y formal, pues la Italia no se prestaba á una guerra simplemente diplomática. Cuando el embajador prusiano insistió repetidas veces en que la Prusia estaba decidida á la lucha, le declaró el ministro italiano que no entraría en ninguna clase de compromisos sin conocer las intenciones del emperador Napoleón, dejando entrever que la Prusia haría probablemente lo mismo. Al embajador francés, sin embargo, dijo el ministro italiano con toda franqueza su verdadera opinión personal, la cual era que al estallar de veras la guerra entre Prusia y Austria sería imposible para la Italia no tomar parte en ella ni habría gobierno capaz de impedirlo (1).

El ministro tenía perfectamente razón; no había medio de adquirir á Venecia sin hacer la guerra al Austria, y la Italia no podía emprenderla sino cuando el poder del Austria estuviera dividido para atender á dos guerras. Así sucedió que la alianza militar con la Prusia contra el Austria estaba escrita por el destino, como había previsto el conde Cavour, y el gobierno que en semejante caso no hubiese cumplido con su deber, desde luego se habría perdido. El embajador de Italia en París respondió el 8 de agosto: «La ruptura entre las grandes potencias alemanas es para nosotros uno de los sucesos mas afortunados y satisfactorios que el destino de Italia puede haber suscitado, porque nos da el medio de adquirir el Veneto sin el auxilio de la Francia.»

Por la parte de Italia solo había el temor de que la Prusia no estuviera decidida seriamente y de que se sirviera de la alianza con Italia solo de espantajo para intimidar al Austria á fin de hacerla ceder en la cuestión de los ducados.

Los sucesos parecieron dar razón al temor de Italia cuando el mundo se vió sorprendido con la noticia de que en 14 de agosto se había hecho un arreglo en Gastein entre Prusia y Austria, según el cual el ducado de Lauenburgo pasaba á poder de Prusia, que pagaría al Austria 2.500.000 talers de Dinamarca; y los ducados de Schleswig y Holstein, que no podían dividirse, fueron divididos, no obstante, entre Austria y Prusia, recibiendo la primera el Holstein y la segunda el Schleswig. ¿Cómo había podido hacerse un arreglo tan insostenible? La explicación es que el rey Guillermo no quiso empezar la guerra y el Austria con sus arcas vacías tenía que aceptar cualquier solución que no fuera la lucha armada. En efecto, su ministro de Hacienda dijo al año siguiente en el consejo imperial que al hacer el arreglo de Gastein estaban vacías todas las cajas del imperio.

En 16 de setiembre fué agraciado Bismarck con el título de conde, y aquel mismo mes visitó al emperador de los

franceses en Biarritz, cuyo viaje recordó á todo el mundo la visita que Cavour había hecho en 1858 á Plombières, visita á la cual había seguido la guerra de Italia. Como poco después del viaje de Bismarck á Biarritz sobrevino la guerra en Bohemia, era natural que el mundo político creyera que Bismarck había hecho también un arreglo con Napoleón y que así como la Italia había sacrificado á Niza y la Saboya, Bismarck había sacrificado á favor de la Francia las provincias rhinianas alemanas. Esto parecía tanto mas posible, cuanto que durante la guerra en Bohemia y en el Mein estaban aquellas provincias casi desprovistas de tropa. Hoy, sin embargo, se sabe que ni Bismarck hizo promesas en Biarritz, donde hubo solo conversaciones, pero ningún arreglo, ni se le exigieron promesas y mucho menos aquellas cuyo cumplimiento habría sido una traición al país.

El embajador prusiano en París enteró á su colega de Italia de lo que había buscado Bismarck en Biarritz, y así escribió Nigra en su mencionado despacho del 8 de agosto á su gobierno de Florencia, que el gobierno de Berlín tenía que asegurarse de que la Francia observaría una neutralidad benévola para la Prusia, y que cuando la guerra estuviere declarada y hubiese estallado no se presentaría, como Nepotuno en Virgilio, para dictar la paz ó poner condiciones ó para llamar un congreso á París. La dificultad consistía de conseguirse en obtener de la Francia la promesa de una severa neutralidad y saber si el emperador Napoleón podría y querría dar semejante promesa, y si querría darla por escrito como lo pedía la Prusia. De todos modos, Bismarck alcanzó hasta donde fué posible la seguridad de la neutralidad de Napoleón. Lo que habló con él y lo que éste contestó no lo sabemos, porque solo sabemos la impresión que cada uno se llevó de estas conversaciones por el autor francés Próspero Mérimée, que estuvo entonces en Biarritz en compañía del emperador (2). Mérimée se expresa respecto del ministro prusiano en estos términos: «Es un alemán tieso, muy cortés y nada ingenuo. Me parece completamente falto de sentimentalismo, pero lleno de agudeza. Me ha conquistado por completo. Solo él es un hombre verdaderamente grande.»

Otro fué el concepto que formó el emperador de él, pues dijo á Mérimée cuando Bismarck le habló con una franqueza no usada en la diplomacia: «¿Está loco este hombre?» De este dato resulta que Bismarck debió de haber hablado de la guerra inminente y del triunfo de los prusianos con la misma confianza que había hablado al ministro de Baviera, y que el emperador, por lo mismo, no le tomó por hombre formal y no pensó en negociar seriamente con un ministro que predecía con toda seguridad la victoria de los prusianos sin el auxilio de la Francia y se jactaba de resolver de un golpe la situación austro-prusiana. Por esto no prometió nada el emperador, como tampoco indicó condiciones; pero dejó traslucir lo que él quería en aquella guerra, y sabiendo lo que quería, fué fácil para Bismarck echar mano del medio que sabía para obligar á Napoleón á la neutralidad. Este medio era una alianza ofensiva y defensiva con Italia, pues que por este camino podía pagar Napoleón á la Italia el resto de su deuda de 1859, que era ponerla en posesión de Venecia. Con esta esperanza era seguro que Napoleón se mantendría neutral, y por eso dijo Bismarck á su regreso de Biarritz al embajador de Italia en París que la guerra con Austria era inevitable; que tenía la confianza de que la Francia no se mostraría hostil á la Prusia, y que si la Italia no existiera, sería menester inventarla. Napoleón, á su regreso á París, dijo al conde Walewski: «Créame usted; la guerra entre Austria y Prusia es una de aquellas contingencias afortunadas é ines-

(1) La Marmora: *Un po' più di luce*, 1873. *Revelaciones sobre los sucesos políticos y militares del año 1866.*

(2) *Lettres à une inconnue*, tomo II, págs. 275 y 321.